

Javier González de Lara: "Mar y Tierra".

Javier González de Lara, abogado de profesión, comparte su dedicación a la pintura con diversas actividades de su vida laboral y empresarial. Su primera exposición individual la realizó en Málaga en 1991, y desde entonces, raro ha sido el año en que no ha dado a luz otras en diversas galerías de Málaga, Madrid, Barcelona, San Sebastián, etc.

Su amigo Antonio A. Gómez Yebra, profesor titular de Literatura Española de la Universidad de Málaga, describe a continuación su universo pictórico.

Rafael Alberti obtuvo el Premio Nacional de Poesía en 1925 con *Mar y Tierra*, un libro al que luego cambiaría el título para convertirlo en "Marinero en tierra".

González de Lara, pintor como Alberti, no llega a ser marinero como era en tantos sentidos el gaditano. En todo caso, lo sería de seco: marinero de tierra firme, hombre que contempla el mar desde la orilla.

El pintor malagueño se fija y se faja con el mar al que está acostumbrado desde sus primeros años, un mar apacible, un mar casi siempre sosegado, un mar ante el que los sentidos se relajan.

Heredero de la mejor tradición pictórica española, González de Lara busca especialmente dos momentos del día: los instantes previos y subsiguientes a la salida del sol, y los momentos últimos del día.

Tiende, por este motivo, a escoger las luces tenues, los contraluces, las sombras, los reflejos; suele captar las atmósferas que desprenden sosiego, aquellas que anegan el alma atribulada del hombre contemporáneo.

González de Lara, aunque ocasionalmente atiende a momentos de oleaje furioso, cuando la espuma se revuelve sobre la superficie violentada del agua, prefiere visitar con sus pinceles aquellos lugares donde la luz empieza a despertar sobre las olas, o aquellos donde está muriendo en un óbito dulce y deseado.

De esta forma el mar, su mar, no es siempre azul. Sus pinceles recogen toda la gama del arco iris, porque la bóveda celeste ejerce como espejo de esa luz naciente o poniente, y convierte la pátina del mar en un lecho de colores, muchas veces cálidos.

Cierto que el pintor no presenta casi nunca un mar desnudo. El suyo está habitado por barcas, algunas de ellas, lastimosamente, en vías de desaparición; o se presenta limitando con elementos arquitectónicos varios: muelles, puertos deportivos, calles, parques, edificios nobles o antiguos, incluso ruinas.



Las pequeñas embarcaciones son especial motivo de predilección: con ellas consigue un contraste de colores respecto a las tonalidades menos variopintas del agua que las sustenta o de la misma tierra que las soporta cuando están varadas en la orilla.

No estamos ante un marinista hiperrealista, pero tampoco ante un pintor que se limite a efectuar un par de pinceladas y ejecutar dos trazos para dar por concluido un cuadro. Utiliza la cantidad exacta de pinceladas para proporcionar su visión y su versión de las aguas y de sus complementos.

Mirar una marina de González de Lara es asomarse a un mar que tiene muchos años, pero que él es capaz de presentarnos como renacido. El suyo no es un mar recién nacido, porque nos lo presenta próximo a la tierra en que él se asienta, y ésta está modificada por el ser humano. Pero, eso sí, es un mar siempre nuevo; nadie podrá decir que habiendo visto una marina de González de Lara ha visto todas.

Bien al contrario: el pintor no se repite en ninguna de sus obras, siempre busca un marco nuevo, un motivo diferente, una situación nueva, un ángulo imprevisto. Y sale indemne, victorioso y renovado de cada exploración, de cada reflexión, de cada aproximación al mar que lo invita de continuo a posar sus ojos en él. 